

## Al margen

Sólo Dios sabe los fríos que habré pasado andando por esos mundos: Navidades del 36 en una trinchera montes de Cebreros arriba, o las del 37 en el atestado tren de madera detenido -falta de combustible- en el páramo navarro; yendo y viniendo cada poco trecho para adelantar una a una las maletas, dos kilómetros en la noche, entre la búlgara Svilengrad -cortado el Orient-Express a causa de la guerra- y el comienzo del Toros Express turco, o aquella tarima para ocho en una caravana próxima a Gümüşhane, entre hielos perpetuos, rumbo a Erzerum... Ahora que la tópicamente fría semana de los Barbudos me sabe a estío, confieso que jamás imaginé un quinto jinete apocalíptico como el de los diez días siguientes a la noche de Reyes.

Días en que, tras la noche del Nadal, ya no fue posible poner pie fuera de casa. Dejemos lo de las cañerías reventadas, que al parecer no ha sido exclusivo de estas casas a cuatro vientos en el monte; pero ese privilegio de la carretera helada, días y días, hasta aparecer la brigadilla con sal y palas... Eternizado en la pista de patinar que era el camino que de aquella descende a la casa; tanto, que hubo de aplazarse el acto de la Autonomía sobre nuestra revista "Entregas de Poesías", y sólo con un mensaje telefónico figuré entre los supervivientes del primer jurado del Nadal para presentar la obra campera de Delibes.

Que unos hectómetros de hielo paralicen tu actividad literaria en tiempos de circulación interplanetaria, de intercomunicación de las galaxias, ya es mal chiste. Y se me ocurre pensar en qué condiciones se ha producido la literatura durante milenios, hasta el presente siglo. Así Erasmo, en su finca alejada de Friburgo, o Montesquieu en el castillo de La Brède; así el infante don Juan Manuel en el de Escalona o el naturalista Azara en Barbuñales. ¿O precisamente porque no podían salir de casa?

M.

## La "poética" del relato en "El esperado"

En la última novela de Guelbenzu, que reúne todos los ingredientes del relato iniciático, se cuenta la historia del joven León Saldaña, en un pueblo norteño de la España de los cincuenta.

José M.ª Guelbenzu  
"El esperado"  
305 páginas  
Alianza Editorial  
Madrid, 1984

EL nombre de José María Guelbenzu es, desde hace varios años, uno de los más representativos dentro del panorama de la joven narrativa española. Esta afirmación tópica, digna de encabezar una solapa, resulta cierta pero es, a todas luces, insuficiente; los críticos de turno suelen precisar, completando la información de las solapas, que Guelbenzu se caracterizó en sus inicios ("El Mercurio", 1968; "Antifaz", 1970; "El pasajero de ultramar", 1976) por una vocación experimental que, sin dar la espalda al realismo, admite el calificativo de vanguardista, lo que sin duda contribuyó a la renovación de la novela española de los años setenta. La posterior evolución de Guelbenzu hacia una forma relativamente más tradicional de que dan prueba "La noche en casa" -1978-, "El río de la Luna" -1981- y la que hoy sirve de pretexto a estas líneas, "El esperado" -1984-, señala, tal vez, tras la lección aprendida en las primeras novelas, el advenimiento de un período de madurez, ya que no de plenitud, en el que, sin embargo, sigue estando presente una notable voluntad renovadora. Sólo que ésta se ha desplazado -cabe añadir, apartándose de los caminos transitados conjuntamente por los críticos y las solapas- del terreno de la búsqueda experimental hacia un escenario si cabe más preciso, crucial y ambicioso; el de los recursos de técnica narrativa que son -o al menos intentan serlo- respuesta puntual a las necesidades planteadas por una determinada manera de concebir la narración. Esto es, al menos, lo que más llama la atención del lector vigilante de "El esperado"; la presencia en la novela de una fórmula técnica inusual que guarda relación con una visión específica y nueva del relato, lo que de algún modo revela en su

autor un "parti pris" de cuya presencia y de cuyo sentido debería ser capaz de dar cuenta cualquier tentativa crítica que pretenda ir más allá de la retórica de solapas.

## Historia de la iniciación de León Saldaña

En "El esperado", que cuenta la historia de una iniciación, la del joven León Saldaña, en un pueblo norteño de la España de los años cincuenta, encontramos prácticamente todos los ingredientes propios del relato iniciático; un héroe adolescente abocado a descifrar los misterios de la madurez, una serie de pruebas que ha de atravesar para ello, un escenario fuera de lo normal -el verano en casa de un amigo ligeramente mayor- y sobre todo, junto a una figura femenina que hace de oficiante, un elenco de figuras masculinas estratégicamente dispuestas; Pepín el Guapo (especie de "miles gloriosus" en el que se mezclan las lacras hispánicas del donjuanismo y el machismo fascistoide), el Lobero (modelo del iniciador bueno, superior en destreza al modelo malo y destinado a propiciar su derrota) y Arturo Mayor (modelo en el que lo bueno y lo malo se combinan en una síntesis trágica, que lo sitúa a un nivel más distante y de una mayor complejidad). Todo esto debería ser suficiente para entender que la novela de Guelbenzu -la primera, según parece, de una trilogía centrada en el mismo personaje- significa una incursión dentro de un territorio en el que no cabe señalar grandes hitos en la tradición española. La experiencia de León Saldaña, en efecto, parte de una realidad impregnada por lo histórico -su aventura iniciática está enmarcada de algún modo por la actuación de Pepín el Guapo durante la guerra civil y el exilio del Lobero en Argentina- pero mira, a través de las claves y símbolos de su iniciación, hacia la experiencia visionaria, hacia lo que el mismo protagonista



José M.ª Guelbenzu

define -sin que en ello deba verse un momento feliz de la novela- "mi primer encuentro con el abismo".

Aquí se da lo más singular, pero también lo más peligroso del "parti pris" del novelista; si entre el nivel de lo real-histórico y la meta abismal del recorrido interior del personaje escapa al lector, al que se invita a un acto de fe -es exactamente lo que ocurre cuando el protagonista narrador, contando desde un presente distante de los hechos narrados, asegura haber llegado a ser un hijo de la noche-, dicho personaje puede convertirse en un producto híbrido, una especie de Jano bifronte escindido entre dos visiones divergentes: en él, la visión abismal, el lado nocturno, no surge de un desdoblamiento de lo real que tenga peso específico en la novela y sea algo no solamente anunciado, lo cual lleva ineludiblemente a pensar en una invocación de prestigio, destinada a hacer del personaje alguien "interesante".

## Dos narradores

Por otro lado, llama mucho la atención que en la novela haya dos narradores; uno, el protagonista mismo, y otro, un narrador omnisciente, de corte tradicional realista. La primera y tercera

personas desde las que narran los dos, alternándose casi siempre -aquí radica la diferencia con respecto al precedente más significativo en la obra del autor, "El río de la Luna", donde, por cuatro bloques narrados en tercera persona, hay un narrador en primera, también de carácter rememorativo-, proyectan sobre unos mismos hechos narrados luces distintas, en las que no siempre se observa la contraposición o el contraste que justifique tal pluralidad. Pero no sólo no se detecta una clara voluntad de contraponer la visión desde dentro y la visión desde fuera de una primera y una tercera persona unidimensionales, de hacer surgir en ellas un contraste irónico, sino que, además, la manera como ambos narradores se turnan en el relato de los mismos episodios es uno de los enigmas más preocupantes de la novela, toda vez que -en la medida en que son independientes y se desconocen- lo narrado por cada uno debiera conformar, en tanto que "continuum", una realidad autosuficiente. El ponerlos de acuerdo en una carrera de relevos, significa hacer intervenir clandestinamente una tercera instancia -una especie de ministro sin cartera encargado de distribuir el trabajo entre los ministerios en ejercicio.

Lo anterior no debe llevar a pensar que el crítico sensibilizado hacia los aspectos más elementales de la poética narrativa deba identificar de hecho el buen empleo de los recursos técnicos con la calidad de la obra, ya que una novela técnicamente perfecta pero banal es una rareza de la que sólo deberían ocuparse los estudiosos. Por lo que toca a la presente novela de Guelbenzu -un autor que ha alcanzado las cotas más respetables dentro de la joven narrativa española con "La noche en casa" y "El río de la Luna"-, cabe señalar que se sitúa en una encrucijada insólita: si por un lado propone -por la vía no tanto de la temática cuanto de las visiones y desdoblamientos de la realidad para los que tradiciones literarias como la germánica han creado, del romanticismo al expresionismo, cauces más efectivos que los de la tradición española- una salida al realismo tradicional, que podría interpretarse como un intento de perforación de la realidad, por el otro, supone un salto atrás en los planteamientos técnicos acerca del "narrador". Salto éste que repercute incluso en las fórmulas estilísticas de la novela; en efecto, el período corto, moroso, que se adapta devotamente a la sinuosidad de la evocación, que surge de una catarsis interior, reemplaza a la frase equilibrada y casi geométrica, pero que, al mismo tiempo, es el "medium" más propicio para el humor e incluso la ironía, que cabía anotar dentro de los méritos de la obra anterior de Guelbenzu, en especial "La noche en casa" y "El río de la Luna".

Estas dos novelas, cuya reiterada invocación aquí denota, sin duda, una predilección crítica, en tanto que puntos de referencia indican además que los reparos antes señalados deben ser tomados como lo que son; simples consideraciones de poética narrativa, motivadas en última instancia por el interés que la obra de Guelbenzu se reconoce capaz de suscitar en el lector. Sin negar que esto último sea una virtud, es preciso reconocer, no obstante, que el paso de una lectura ingenua a una lectura crítica se impone como un rito obligado; el de una ceremonia cuyo limpio, intachable desarrollo concierne -o al menos así debería ser- tanto al lector y al crítico como al escritor.

RICARDO CANO GAVIRIA

## Letras sobre las letras

## Federico II los mandó para casa

Descontada su Asturias natal, sólo Alfredo Florensa -en "El Alcázar"- se ha acordado de que en vísperas de la pasada Navidad se cumplían tres siglos del nacimiento de un prototipo de la Ilustración e inspirador de la creación de nuestra Real Academia de la Historia, cual fue Alvaro de Navia-Osorio y Vigil, tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado. Poliglota y de sólida formación humanística, con sólo 18 años acudió como maestro de campo del tercio de voluntarios de Asturias en apoyo de Felipe V en la Guerra de Sucesión y, por mérito de guerra, alcanzaba el generalato a los 23. Empleado también en delicadas misiones diplomáticas, en Francia y en Italia, murió heroicamente a los 48 en defensa de la plaza de Orán. Para entonces tenía publicados (Turín, 1724; París, 1730) los once tomos de sus "Reflexiones militares", que ahora reedita en facsímil el Instituto de Estudios Asturianos. El más destacado de los tratadistas militares españoles es también el primero que en el mundo atendió a la importancia de los valores psicológicos y sentimentales que mueven las guerras, y -a decir del tratadista coronel Gárate- quien presentó la institución militar como la escuela y la consecuencia de la

vida civil que ampara. Sus máximas y consejos, ilustrados con ejemplos históricos, son tan válidos para un jefe militar como para el gobierno de los pueblos y la diplomacia.

Ya lo entendió así Federico II de Prusia, quien al recibir en Potsdam a los capitanes Vértiz y Alvarez de Sotomayor, enviados para estudiar la famosa táctica del Rey Soldado, les aconsejó que regresaran a España y, sin pérdida de tiempo, leyeran y meditasen las "Reflexiones" de Marcenado, pues de esa obra había extraído los principios básicos de su propio Ejército.

## De espectros que viajan

Adrede tomamos, la especie, del subtítulo de "Los laberintos bizantinos", el reciente y chispeante libro de Juan Perucho (Bruguera), pues se trata de uno de sus más queridos "revenants", como el llamado barón Corvo, nuestro Saturnino Ximénez y demás "homenots" reales que asoman reiteradamente, sin importar escenario ni época, en el escenario de las sorprendentes fabulaciones de nuestro erudito poeta y narrador. En esta ocasión el asunto es el extravagante don Sinibaldo de Mas, nieto del homónimo cartógrafo y marino a quien los argelinos obligaron a piratear bajo su pabellón y que, una vez rescatado, fundó nuestra Escuela de Náutica. El segundo Sinibaldo, pin-



Una idealización de don Sinibaldo de Mas y Sans (portada del libro de Lluís Martí).

tor en su juventud, erudito y viajero por los siete mares, diplomático, y espía a sus horas, fue autor de obras tan dispares como la tragedia clásica "Aristodemo", "Sistema musical de la lengua castellana", "La Chine et les Puissances chrétiennes", "El intérprete del viajero en Oriente" con sus diálogos en doce lenguas o la anticipadora "Memoria sobre la empolladura de los huevos de gallina en Egipto".

Pues bien, Juan Perucho, que en el citado libro a nuestro Sinibaldo hace aparecer en el Kurdistán y en la búsqueda del tesoro de Troya o en la corte zarista, se ha quedado corto. Como en las pruebas atléticas, el testigo se lo toma otro barcelonés, econo-

mista, diplomático y no menos viajero y aventurero que el propio Sinibaldo. A éste elige por protagonista de una novela de viajes y de intriga: "El amor de Sinibaldo" (Laertes), en torno a sus andanzas como comisionado en el mundo de la política exterior española (frente a Inglaterra y quien se terció, y en continua huida hacia adelante, a la enseña de dos símbolos: su antecesor en análogos menesteres, nuestro Alí Bey, y el amor por la legendaria bailarina pseudohispana, la llamada Lola Montes, vulgo Elisa Gilbert, amante del rey de Baviera, y que a nuestro barcelonés lleva tras sí por medio mundo. Una trepidante historia en que, al modo del mismo Perucho, no es fácil distinguir, ni mayormente importa, lo que es fruto de archivo y de dominio de los entresijos de la política internacional del pasado siglo, frente a la desatada y persuasiva fabulación. Se nos olvidaba decir que, en este caso, el demiurgo es Lluís Martí Ragué, un barcelonés cuarentañero.

## El carro delante de los bueyes

Salvada la involuntaria nota desdeñosa es frase que pudiera aplicarse a la aparición, en la refinada colección Asphodel que el poeta Ferdinand Arnold publica en Las Palmas, del volumen "Paul Celan" integrado por cuatro importantes estudios, debidos a Maurice Blanchot, el

poeta Yves Bonnefoy, Emmanuel Levinas y Jean Starobinski, en torno a una de las obras más complejas y difíciles de la poesía europea contemporánea y a la figura de su autor, a quien el gran ensayista George Steiner considera el mayor poeta europeo de la posguerra. No es que aquí no se sepa de Celan, anagrama de su apellido Anzcl, nacido en la comunidad judía de lengua alemana, entonces mayoritaria de Czernowitz, la capital de la Bucovina, cuando esta región subcarpática dejaba de pertenecer al imperio austró-hungaro para pasar a Rumania; el joven obligadamente cosmopolita (con el alemán y el yiddish natales dominaba el rumano, el ruso y el francés) cuyos padres murieron en los hornos de Auschwitz, pasó por la experiencia de un campo de trabajo, malvivió en Bucarest y en Viena para ganar París en el 48, donde sería docente de literatura alemana en la Ecole Normale hasta que se arrojó al Sena en 1970, al cumplir los cincuenta y que desde el inicial "Der Sand aus den Urnen" (1948) hasta el póstumo "Lichtzwang" publicó ocho poemarios, además de espléndidas traducciones de Rimbaud, Valéry y los surrealistas, como de Aleksandr Blok, Mandelstam e Iesenin.

No es aquí un desconocido, pues el germanista Juan Francisco Elvira-Hernández espigó en un centenar de páginas esos poemarios en 1972 (Visor), y en años sucesivos, en prensas abulenses, con mejor voluntad que

acuerdo dio por entero las versiones de "Sprachgitter" y "Die Niemandrose". Y otro germanista y poeta, Felipe Boso, recientemente hizo otro tanto con el innovador "Atemwende" (Traducción). Además de alguna traducción suelta del poeta Valente. Pero mucho falta para completar el cuadro, sin duda.

## El tópico de las cuestiones bizantinas

Lo deja en nada, por si fuere menester, el historiador John Meyendorff en el minucioso volumen sobre la teología bizantina que aparece en italiano con el sello de Marietti y prólogo del sacerdote Lorenzo Perrone. Se trata de una reconstrucción histórica de mil años de teología bizantina, a partir del concilio ecuménico de Calcedonia (451) y con representantes de gran relieve -además de los aquí conocidos- cual Teodoro de Studion, Miguel Psellos o Gregorio Palamas. Sintetiza también la doctrina de sus teólogos en orden a la creación, la relación del hombre con Dios, Cristo, los sacramentos, la misión de la Iglesia. Sin perder un punto su objetividad de historiador y mostrándose abierto al debate, en el camino por el diálogo y la comprensión entre las Iglesias cristianas. Porque el profesor Meyendorff es un teólogo de confesión ortodoxa.